

Fundación Juan March

poética y POESÍA

JOSÉ RAMÓN RIPOLL

Madrid MMVII



José Ramón Ripoll

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMVII

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll

poética y POESÍA

2 y 3 de octubre de 2007

Edición al cuidado de Antonio Gallego

© José Ramón Ripoll

© de esta edición Fundación Juan March

Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-40515-2007

Imprime: Ediciones Peninsular. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

PRELUDIO PARA JOSÉ RAMÓN RIPOLL

Nacido en Cádiz en 1952, José Ramón Ripoll es hombre que toca muchas teclas. En estos últimos tiempos ha sido quizá más conocido como redactor de programas en Radio Clásica de Radio Nacional de España («Música y contexto», «Música y pretexto», etc.) en los que ofrecía con pasmosa naturalidad solidísimos conocimientos tanto de Historia de la Música como de los más mínimos meandros del gran río de la cultura universal. Pero es también escritor de creación y, sobre todo, un excelente poeta con más de seis libros publicados. *La tarde y sus oficios* (1978), *La Tauromaquia* (1980), Premio Guernica 1979, y *Sermón de la barbarie* (1981) forman su prehistoria, en la que tantea las diversas posibilidades de su estro armónico, desde el culturalismo (la tauromaquia es, por supuesto, la de los aguafuertes de Goya) y el ensimismamiento, hasta la poesía crítica y social. No es infrecuente, sin embargo, que se cuele en ella su pasión por la música, que es ya temprana profesión. Como, por ejemplo, en este final del poema V de *La Tauromaquia* titulado «El animoso moro Gazul es el primero que lanceó toros en regla», puesto bajo la advocación de la estampa de Goya, en el que se recrea las vivencias de un muchacho de finales del franquismo, «quien se dibuja y ríe hipocondríaco, / marxista-leninista, / romántico, verídico y llegar al

finaaal” bajo los acordes de la Internacional («Agrupé-
monos todos / en la lucha finaaal»); pero también se re-
memoran otras músicas, y muy diferentes, mostrando
un yo poético de gustos muy eclécticos:

Es en este momento cuando suenan
de nuevo las canciones.
Uno se tambalea hasta la música
y entre Lluís Llach y Mozart,
entre lejanas voces gregorianas,
entre tú mi adorable Charlie Parker
y los vidrios rasgados de El Mellizo,
precipitas un beso hacia la ausencia
y te sientes capaz de tus faenas:
empezar un minuto concordándote el pulso
y acabarlo otra vez mañana por la noche.

Con *El humo de los barcos* (1984), Premio Rey Juan Carlos de Poesía en su primera edición, inició Ripoll una trilogía que ha continuado con *Las sílabas ocultas* (1990) y *Niebla y confín* (2000), Premio Tiflos, trilogía que ha reunido, con las consabidas variantes sobre los libros originales, especialmente sobre el primero de los tres, en *Hoy es niebla* (Madrid, Visor, 2002).

También ha sido José Ramón Ripoll un excelente aunque breve compositor, llegando incluso a componer alguna obra vocal sobre un poema propio, lo que le convierte –salvemos todas las distancias que queramos–

en uno de los últimos troveros españoles de la música culta, si no el último... En el mundillo de la poesía se le conoce así mismo como director de la gaditana *Revisista Atlántica*, creada por él en 1991. Y en el de la amistad, como colega fiel y generoso, lejano por pudor si no se le necesita, cercano cuando hace falta. Hay pocos como él.

Aunque es bien perceptible que Ripoll tiene la cantera temática en su propia educación sentimental, como ya vimos en el ejemplo «goyesco» (y ha dicho sobre él otro gaditano, el poeta Caballero Bonald, en el prólogo a la primera edición de *El humo de los barcos*), también es bien visible que Ripoll no es un poeta figurativo (por utilizar la terminología de García Martín). No está demasiado interesado por la línea clara, ni por la lógica de la realidad: busca más bien la interiorización, la ambigüedad, hasta el hermetismo, por lo que muchas veces el lector no sabe qué, ni quién, ni cuándo, ni dónde, ni cómo, pero intuye y a veces logra una comunión con el poeta mucho más intensa de lo normal.

«Todo lo que escribo es un pretexto para la música», ha dicho el propio Ripoll en la introducción a una antología de sus versos, y, en efecto, no es nada difícil –sino todo lo contrario– hallar la música en sus poemas, y en formas muy diferentes. En cuanto a la música como asunto, se desesperará un poco quien busque músicas determinadas, compositores concretos. Apenas un vislumbre de Wagner en un par de ocasiones: «Tristan

und Isolde», al final de la sección «Estela» de *El humo de los barcos*, y en «El Sur», en la sección «La brújula» del mismo libro, una bella paráfrasis del Preludio del Acto I de *Lohengrin*... O el más explícito poema titulado «Schumann», aún inédito, acogido al *Album de la juventud*, es decir, a una nueva conmemoración de su pasado juvenil, la de sus primeras armas como pianista. No, Ripoll investiga, inquiere la presencia de la música original, de la idea de la música, y especialmente en su relación con la palabra, que es un asunto que recorre toda su poesía de arriba abajo y de oriente a poniente. Él mismo lo ha confesado en numerosas ocasiones, como en el importante ensayo «Variaciones sobre una palabra» (*El Toro de barro*, Cuenca, 2001):

Nada es la palabra sin su sonar. El sonido de la palabra es voluntad poética, voluntad natural; es decir, su signo suena en el aire cuando la nombramos y produce una imagen sonora cuando la vemos posada en su escritura. Descansa con sus letras en el papel como una célula melódica en el pentagrama. Sus letras: las notas. Sus fonemas: la vibración exacta de cada uno de los tonos. Sus morfemas: el fluir natural de esa pequeña sucesión de sonidos que aún no se han constituido en melodía. Todavía no existe arquitectura armónica, hasta que esa palabra no se encuentre con las otras palabras que, a su vez, parten de una misma fuente, del agua principal, del logos.

He aquí cómo lo expresa en uno de sus poemas, el titulado «Frutos silvestres», de *Niebla y confín*:

Como frutos silvestres
han brotado los nombres de la tierra.
(...)
Mas busco tras las letras
la herida dolorosa
que me sostiene y aniquila:
Música y pensamiento
que otorgan el principio a la materia
y el final al recuerdo.
Todo es origen sin los signos
que entre cardos y espinos
lloré amorosamente:
Perdido paraíso,
mas corazón ardiendo
por el dardo encendido de esos nombres
que me hicieron girar alrededor del fuego,
mostrándome las horas de la vida
como frutos silvestres.

Música y pensamiento. Aunque Ripoll indaga entre todos los elementos clásicos a su alcance («la música del aire», «los nombres de la tierra», «el tamiz de la llama no es su fuego / sino el silencio que mantiene / en quien absorto la contempla. / Surge el amor en el incendio / de las palabras pronunciadas»...), su símbolo

principal no es el aire, ni el fuego, ni la tierra, sino el agua; el agua principal, abstracta, del *logos*, pero también el agua de «El río» (*Las sílabas ocultas*):

Si el río –un accidente de la nada–
impone su ternura,
su coraje y su música,
es para arrebatarnos el paisaje
que en torno a él imaginamos.
Cuando los ojos se concentren
en la fuerza que emana de su primera sílaba,
esa corriente que transporta
los nombres más hermosos de la tierra
será la nada entera
y nosotros la imagen de aquel río.

Y los ríos, ya se sabe, son continuo fluir hacia el mar, que es el morir. He aquí cómo lo expresa Ripoll en «Cantar del agua» (*Niebla y confín*):

Detén el paso ahora y mira el río,
mira el agua correr sobre ese tiempo
detenido e instante.
Parece que es eterno su fluir,
progresivo su canto,
y no es más que el zumbido
de la memoria silenciosa,
el eco de cuanto fue deseo
y permanece quieto y mudo.

Son numerosos los ríos en estas aguas, y más numerosos aún los movimientos de las olas, las mareas, las brumas marítimas en el poeta gaditano. Un ejemplo entre muchos, tal vez el más explícito, es el de «Una obsesión inútil», en la sección «Símbolo y tiempo» de *Las sílabas ocultas*:

La música y el mar fueron la tinta
con la que se narraba la experiencia
de su presunta intimidad.
(...)
La música del mar fue su silencio
junto al mar de la música.
Y entre tantas palabras la tarde iba envolviendo
el alma con la melancolía
propia de aquellas horas,
como envuelve el lenguaje a quien lo ama
más allá de sus símbolos.

O este otro, en el que el poeta, que aprendió a ver el mundo ante el mar de su bahía natal, se confiesa sin ambages («Tarde en Einar», de *Niebla y confín*):

El movimiento de las olas, tiempo
que se desborda entre las aguas
como un eco obsesivo de una música muda.
Me someto a esa música
y entre sus leyes me confirmo

como un deudor que mira al mar
para explicarse
todos los mares de su vida.

Así que, para nuestro poeta, «la música es más que envoltura física de la palabra: constituye su osamenta y configuración fisiológica. La palabra se hace sentir por su música.» De ahí su obsesión por encontrar la música primera, el origen de todo, el de la vida y el universo entero, antes de que se concrete y encarne. En «El rayo verde» (*Niebla y confín*), nos sitúa en un «tempo primo» anterior a la música misma. Ese misterioso rayo verde (el mar, la pupila de una muchacha, en realidad ¡qué más da!), es anterior a todo:

Nace del movimiento de las olas
antes de ser palabra o música
antes de amor o pensamiento.
Como un aroma penetrante
que nos enciende el alma,
sucede y tiembla
y nos ofrece
una repetición de cuanto fuimos,
un gesto del silencio,
escorzo de la nada.

Pero la mayoría de las veces el poeta intenta encontrar la música de la palabra, como, entre tantos poemas,

en el titulado «Noción del agua» (*El humo de los barcos*):

Entre la espiga de la noche
el corazón resuelve en música
toda la estela de nombres
que la memoria dibujaba.

De ahí que el objetivo principal del poeta, confesado en poema titulado significativamente «Epitafio o Postdata» (al final de la sección «Esta música», también de *El humo de los barcos*), sea el que ya vamos imaginando:

De lo escrito quisiera, de los nombres
que obligan civilmente al relato,
atar el signo al cántico,
velar, de aquellos símbolos,
su risa y dolorosa intimidad.

Atar el signo al cántico. Sobre todo en aquellas palabras, en aquella palabra que se convierte en «Signo de identidad» (*Las sílabas ocultas*):

Se que me representa
mejor que el movimiento de mi cuerpo
y el eco de mi voz,
porque ella es el tumulto y la quietud,
el silencio y la música
que en un golpe de labios

brotó hasta el tiempo no vivido,
aquel que creí vivir
porque en sus horas estaba mi destino.

No siempre Ripoll es tan abstracto, tan enigmático. En un emocionante poema suscitado por la sorpresa de oír llamar a su hijo por su propio apellido («Eh, Ripoll...»), el titulado «La sombra de nombrar» (*Niebla y confín*), el viejo asunto de la conexión de música y verbo, y hasta la referencia culturalista —la *Odisea*, nada menos—, cobran ribetes de auténtica y tierna sorpresa:

Seis letras que han juntado la lengua de los otros
para en la música que producen sus roces
escribirme a mí mismo,
surgir como una melodía
que de la forma en que me nombran
se atempera o se abrasa
en su propio cantar.

El padre —el poeta, su yo lírico—, cediendo aquellas seis letras a su hijo, desea lo mejor para él. Éste es el tercero de los deseos y el final del poema, con las suavísimas aliteraciones de los dos últimos versos, música y ternura al mismo tiempo ante el hijo que se está haciendo mayor y comienza a navegar por sí solo:

Que se ate como Ulises al eje de su historia
y no sean las sirenas quienes griten su nombre

y para ellas viaje y componga su vida
como una partitura ofrecida a la mar.
Ahora es suya la sombra,
lo llaman y sonrío
sin saber que está solo ante una voz
que va configurando su memoria
para sentirse
sólo ante su ser.

A. G.

JOSÉ RAMÓN RIPOLL
La música del verbo

Reflexionar o escribir acerca de la poesía me produce siempre un cierto pudor. De algún modo es como hablar en público de uno mismo, presuponiendo que a los demás le interesan este tipo de interioridades domésticas, pues, para mí, la poesía es el órgano vital más cercano a aquello que denominamos esencia personal, o a ese lugar donde se pliega la parte más auténtica del ser. Es más, me atrevería a decir que sin el ejercicio de la poesía no sería posible indagar y conocer ciertos aspectos de una realidad que se muestra más allá de las apariencias y que, la mayoría de las veces, por pereza o costumbre, aceptamos en su superficie. Cuando apuntamos a esas zonas internas, vislumbramos una llama encendida que nos conecta con la realidad del otro, dejando a un lado las cuestiones meramente individuales para abrazar un conjunto más totalizador y universal. Puede afirmarse entonces que ese primer proceso de introspección singularizado abandona su carácter privado en el momento que comenzamos a acariciar la sustancia de nuestra propia vida, que es también la de los demás. Desde estas premisas justificativas, presumo al menos que empiezo a merodear un espacio prohibido que no es mío solamente.

La mayor parte de mi vida profesional la he pasado comentando obras musicales a través de la radio, a veces bajo la incómoda sospecha de que mis elucubraciones

no sólo interesaban poco al oyente, sino que lo desviaban del motivo principal. Al cabo del tiempo comprobé que aquello que creía un acto de solipsismo, comenzaba a adquirir un porqué, en la medida que era capaz de sincerarme conmigo mismo, de dejar humildemente mis presuntos conocimientos eruditos en las puertas de la obra en cuestión y entrar en ella con una actitud sincera, abriendo los oídos y el corazón al entrado sonoro que me aguardaba, y a la espera de descubrir en esa música algo distinto a cuanto había experimentado en la escucha anterior. Desde ese momento tuve la sensación de dirigirme al otro como si me lo estuviese contando a mí mismo, rozando un espacio común que, sin traspasar la intimidad, me hacía más libre. Es la misma sensación que tengo con la poesía y con el mundo interno que alimenta y desvela. No en vano, mi primera formación fue musical, y pienso con María Zambrano que la poesía tiene más que ver con la música que con la literatura, pues mientras las palabras de esta última nos guían en cuanto significan, la palabra poética ilumina en su propio sonar. En verdad, soy un músico frustrado, pues no deseaba más en mi infancia que mis dedos se deslizaran por el teclado dibujando una sonata de Beethoven o una balada de Chopin, e incluso llegué a coquetear tímidamente con la composición. Sin embargo, mi voluntad y naturaleza no me lo permitieron del todo; o mirándolo desde una óptica más positiva, esa difícil relación con la música, gozosa y

atormentada a la vez, como un amor correspondido a medias, me condujo al territorio de la palabra. Del convencimiento de la unión natural entre música y poesía, he heredado un poso de ambigüedad que subyace en toda mi escritura, e incluso un ritmo interno, más allá de versos y metros, que le debo a la música y a su dominio abstracto. Aún hoy, cuando escribo unas incipientes líneas que, con suerte, pudieran llegar a configurar un poema, las coloco sobre el atril e improviso al piano sobre ellas. De ese ámbito sonoro puede que surja otro fragmento que, poco a poco, entre acordes y resonancias, toma forma en el texto y se encauza hacia el mar de siempre. No quiero decir con esto que renuncie al poder semántico de la palabra, sino al contrario: a través de su sonoridad trato de dar relieve a su sentido polisémico, a aquellos múltiples y variados significados que oculta en su seno y brillan en su música, y que, en definitiva, son los que otorgan carta de naturaleza a la poesía, diferenciando así su función de la que ostenta en otro tipo de lenguaje, ya sea cotidiano, informativo o científico.

Mi primer acercamiento consciente a la poesía fue motivado por la canción y el lied. De adolescente, aguardaba con verdadera impaciencia los escasos conciertos que se organizaban en mi ciudad natal, un lugar de provincias que, aunque concedió cuna a Manuel de Falla y disfrutó de una agitada vida musical en el pasa-

do, había declinado bastante su actividad hacía ya décadas. Salvo algún cuarteto o solista, abundaban los recitales para voz y piano, donde generalmente se interpretaban obras de Debussy, Ravel, Schubert, Schumann o Wolf. Yo, que sabía un poquito de francés y nada de alemán, me quedaba extasiado con aquellas melodías que encerraban palabras desconocidas para mí. Sólo el roce de algún verso de Goethe, Novalis, Heine o Mallarmé producía en mi mente un perturbador oleaje que me incitaba precipitadamente a escribir. Garabateaba los programas de mano con esbozos de poemas e imaginaba traducciones del texto original. Más adelante, me iba a la biblioteca pública a escudriñar los libros de los autores que iban a ser cantados en el próximo recital, y hojeaba ávidamente sus páginas hasta dar con los versos exactos. Los copiaba a mano y me llevaba las versiones de los poemas al concierto, para así poder acercarme más a la fusión musical de la palabra. Creo que en aquellas tardes percibí algo parecido a lo que luego he experimentado al dar por acabado un poema, quizás porque percibí la expresión de los otros como si fuese mía. Y es que —como apuntaba Borges— la máxima aspiración de un poeta es que uno de sus versos sea pronunciado con naturalidad en el mercado o en la plaza, habiendo olvidado el nombre del autor.

Mentiría, por otra parte, si limitara mis influencias a aquellos poetas extranjeros que se me revelaban tras la canción. Estoy convencido de que el verdadero aprendi-

zaje poético se obtiene de la propia lengua, que, al fin y al cabo, es como decir de la propia música. Las palabras poseen un engranaje fundamentado en el idioma para el que brotaron, y los versos no son más que el resultado, también sonoro, de ese autónomo silabeo. La tradición de ese idioma es una herencia a la que el poeta no puede ni debe sustraerse. Tradición en su más alto sentido, aparentemente paradójico, de cuanto nos libera de innecesarias ataduras y despierta nuestra capacidad creadora. Puedo decir entonces que Juan Ramón Jiménez fue el primer y principal poeta que alumbró esta especie de vocación bifronte, donde palabra y música se complementan y unen para decir de *otra manera*: un poeta que me ha acompañado desde sus primeros libros hasta *Espacio*, quizás el poema más musical de la lengua española, una especie de partitura, paradigma de pensar y sentir a partir de unos determinados materiales sonoros. En el prólogo a ese poema, el propio autor escribe: «Toda mi vida he acariciado la idea de un poema seguido sin asunto concreto, sostenido sólo por la sorpresa, el ritmo, el hallazgo, la luz, la ilusión sucesiva, es decir, por los elementos intrínsecos, por su esencia. Un poema escrito que sea a lo demás versificado, como es por ejemplo la música de Mozart o Prokofieff, a lo demás música; sucesión de hermosura más o menos inexplicable y deleitosa.» Desde que leí por vez primera estas intenciones, las he guardado como divisa secreta de lo que estimo que debe ser la escritura poética, al menos desde

mi punto de vista: una sucesión sonora donde las palabras van adquiriendo su significado real por medio de sus ritmos intrínsecos, al tiempo que muestran su verdadera esencia, también a través de su propia musicalidad.

En un mundo donde la comunicación está tan mediaticada por la publicidad, los intereses económicos y políticos o el oportunismo periodístico, se hace necesario otro tipo de lenguaje que nos permita nombrar la realidad en toda su dimensión y, a su vez, traspasar los límites que una sesgada interpretación de esa misma realidad se nos impone: un lenguaje que nazca de la mirada sosegada o, quizás, de una ráfaga de luz momentánea, no sujeta obligatoriamente a los límites de la razón o, al menos, de lo razonadamente explicable. Desde esta *lengua* puede el hombre mentar las cosas que ve y que no ve, puede adjetivar lo que siente y hacer cantar cuanto intuye, dar forma a la casa donde vive el poeta e iluminar sus estancias: un habitáculo que suele construirse en el fondo del corazón y que termina por abrigar entre sus paredes todo lo que creemos que es el ser, cuanto fuimos y deseamos crear. Por eso, la poesía es memoria, una alerta que nos desvela y nos vacuna contra el olvido, un signo rebelde contra quienes desean borrar la tinta de la vida y precipitarnos a una especie de alzheimer colectivo.

La poesía es también palabra originaria, luz y oscuri-

dad al tiempo. Esa palabra suena en su envoltura y en su espacio. Esa palabra no significa, sino es. Es por sí misma sin atarse a nada. No hay detrás ni delante, sólo el centro de todo y de la nada. No hay convención de lenguas: sólo es esa palabra que gira y gira sin cesar sobre su signo. Signo que nos remite a su propia figura. En ese eterno giro se produce el silencio sin templar. La palabra se mira en el silencio y de ahí surge, no un reflejo, sino un leve rumor, un susurro que poco a poco la configura en su propio decir.

He venido creyendo, durante cierto tiempo, que la poesía era un hecho fortuito, un encuentro azaroso de dos o tres palabras que, reunidas caprichosamente, edificaban una metáfora capaz de iluminar un pensamiento escondido. Con los años he ido cambiando de opinión, quizás por la insistencia de ese aparente encuentro. Presumo entonces que aquello que entendí como un producto casual, es una especie de constante que se esconde y surge de pronto, pero que siempre está ahí, mostrándonos la puerta entreabierta, no de un campo de luces coronado, sino de una noche infinita, sin estrellas, esperando que quien acuda la ilumine, paradójicamente, con sus propias palabras.

Creo, por tanto, que el poeta es inocente de su propio oficio. Cuida la forma, el poema, la construcción verbal, y en cuanto ingeniero de su propio andamiaje, es responsable del envoltorio de la poesía, pero no del destello que se produce en el interior de las palabras. Soy

consciente de que otorgar hoy en día un papel profético o visionario a la figura del poeta es como mínimo una antigualla, por no decir locura o grandilocuente pretensión, pero no estoy seguro del todo de que el resultado del poema sea de su total responsabilidad. Así como Fernando Pessoa escribió de un tirón, *casi al dictado*, de pie y apoyado en una cómoda, una noche de 1914, más de treinta poemas seguidos de *El guardador de rebaños* de su heterónimo Alberto Caeiro, sintiendo que alguien dentro de él hablaba por sí mismo, el poeta oye y recibe una voz primitiva y, como si se tratara de un palimpsesto, dibuja signos en un antiguo pergamino, sin ser consciente del todo de su proceso creativo. No trato de comparar la tarea del poeta con la del médium, dando forma a gritos y sentencias del más allá, ni con la de guardián del Santo Grial (¡Dios me libre!), pues desconfío de los gestos proféticos o mesiánicos. Convencido de que la poesía es un juego verbal, otorgo a ese verbo, sin embargo, una condición originaria, un papel conductor en el laberinto, un filamento de la memoria que nos permite discernir la realidad más allá de sus vestimentas y motivos episódicos. Es un sabor, una mirada, un silencio también y una manera de aprehender esa realidad desde otros ángulos vedados. El poeta es entonces un buscador de estrellas, de esos puntos escondidos en la negrura de la noche, de esos signos disimulados en el bosque que nos señalan el camino de la experiencia verdadera.

La realidad es múltiple y poliédrica. No es complicada, sino que a veces somos nosotros mismos los que la fragmentamos, confundiendo la parte con el todo. Hay un cuento de la tradición sufi donde se encuentran varios ciegos con un elefante. Cada uno de ellos palpa una parte del animal según el sitio donde eventualmente lo ha tocado. Al final, alguien les pregunta cómo era el elefante y qué forma tenía. El que le acarició la oreja habló de una superficie en forma de hoja de loto; quien le puso las manos en la trompa se lo imaginó como una serpiente entre dos enormes colmillos; quien tanteo sus patas lo definió como un templo sobre varias columnas salomónicas. Cada uno concibió la realidad según su limitada experiencia, y tras un largo debate llegaron a la conclusión de que ninguna de las acaloradas discusiones remitía a un canon absoluto, y que, contrariamente a sus creencias, dicha realidad se mostraba como la suma de cada una de las apreciaciones individuales.

En la poesía no vemos al elefante, porque seguramente el elefante no existe, pero nos aproximamos a su forma como un cúmulo de presunciones testimoniales a las que nos invita el verbo. El hecho de nombrar poéticamente conlleva una intención totalizadora que nos señala una verdad. Verdad como llama subjetiva que ilumina la verdad del otro. Octavio Paz, al hablarnos de Cernuda, destaca en él la más grande característica del poeta moderno, que consiste en ser dueño de su propia verdad, no como un halo destinado a su imposición, si-

no como el territorio moral de su propia poética. Creo que, a estas alturas nos está vetado éticamente hablar de un único modo de contemplar el mundo. La palabra ahonda en el beneficio de la duda, en tanto y cuanto es variable, frágil, deficiente, insegura, pero al mismo tiempo poseedora de un poder transformador del espacio, ese mismo espacio que se haya tras la puerta entreabierto y que nos invita a un encuentro total con la materia y el espíritu.

Por medio de estas palabras dubitativas construimos el poema como edén de un pensamiento autónomo, independiente incluso de su presunto dueño. El poema es juego verbal y es búsqueda; es laberinto hacia el centro donde todo es como al principio; es espiral hacia dentro, hacia el punto de origen. En el poema se busca –por medio de dinámicas, períodos, aires, tensiones, frases– el primer sonar de la palabra primitiva. El poema es una sucesión sonora de esa palabra que, paradójica y machaconamente, hay que volver a nombrar. La palabra se multiplica en el poema y el verso la repite, de forma natural. Metástasis sonora, jardín salvaje donde crecen espontáneas rosas. El jardinero músico y poeta ordena los colores, cuida sus pétalos, poda, deja crecer, riega, construye acequias y compone un recinto que, sin dejar de ser espontáneo, responde a la libre voluntad. En el centro del territorio donde las rosas crecen, brota el manantial de la palabra, a borbotones, mostrando su sonar. Escuchémosla como canta sola, cómo el sonido se es-

parece por la forma que el hombre construye. Escuchemos ya los otros sonidos surgidos del primero. Es el principio de la armonía. Los sonidos del verso se superponen arriba y abajo. Como un susurro el verso serpentea por los caminos del jardín-poema, tropieza, sortea un retruécano, se alía con la metáfora de su vida y continúa de nuevo su fluir. Es la otredad y el contrapunto, principio de la fuga. Las voces surgen en el poema como si se tratara de un motete. Del canto llano introductorio, única melodía indivisible, fiel a la palabra primera, se ramifica el verso. Se comienza a tejer un entramado por el que el canto pasa y vuelve, diversifica su sentir, su apariencia de nombre o verbo y retorna, como siempre, al *logos*. Hay armonía ya. Los colores se mezclan para ofrecernos en su amasijo la luz exacta. Vidriera sonora el poema: Los cristales han resistido el fuego para adoptar su transparencia. Las palabras también han hervido en el corazón de quien las guarda. Los cristales esperan su lugar en el templo, allá arriba, para iluminar la realidad tal como es ahora. Suenan las voces diferentes, encaminadas al decir, a la gravitación de la primera sílaba, de ese pulso antiguo, del girar del signo. «Y nosotros sabemos que la palabra que permite ver, entender, soñar y juzgar no existe más que en función de la realidad que ella crea y a la cual escapa» (Edmond Jabés).

Percibo una tibia sensación de extrañeza cada vez que vuelvo a lo ya escrito. Es como si aquello se hiciese al mar por su cuenta y fuese diseñando su propia carta de

navegación. Pero siento siempre el deseo de corregir su rumbo, como si me resistiese a que su destino ya no me pertenezca. Para algunas personas, el poema evoca o recoge un momento determinado de la vida o la experiencia del autor. Las coordenadas de tiempo y espacio otorgan al texto una entidad inamovible. La obra, pues, debe ser repasada como un álbum de fotografías que plasman los diferentes estadios del poeta. Para otras, entre los que me encuentro, el poema es un espejo que refleja permanentemente nuestro rostro y alma. Sujeto a la variabilidad de nuestra vida, el poema se transforma para mostrarnos cómo somos *ahora*, en todo momento. Por eso me obstino en reescribir, en dar cuerpo a esa verdad que, con el paso del tiempo, deja de serla, y corrijo hasta que el poema me responda, para después echarlo a volar de nuevo hasta que se repita la misma historia. De hecho, he venido publicando versiones diferentes de un mismo poema e incluso de un mismo libro. En algunos, logro vislumbrar esa parte de mí que me une a los otros y que, como apunté al principio de estas líneas, creo que es función esencial de la poesía.

La poesía es así pensamiento, más allá de su método y origen, más acá del tiempo y del espacio. Es memoria congelada y viva a la vez, paradoja sagrada de lo profano y viceversa. La poesía es necesaria porque sitúa a las palabras en su justo lugar, recupera el significado de los objetos, concede vida a la abstracción, escarba la identi-

dad de los nombres y se rebela contra quienes pretenden confundir el lenguaje. Por eso, refugiarse en el poema no es evasión ni escape ante las situaciones «reales», sino parapetarse tras los baluartes de la palabra para defender la realidad iluminada. La poesía es, por tanto, un espacio rebelde; y su ejercicio, una toma de conciencia de esa realidad para nombrar con precisión, sin tapujos ni miedos. El más alto compromiso del poeta es con su palabra, en cuanto esta se convierte en señal y símbolo de su tiempo, del mundo, de los otros, sin perder de vista el carácter ahistórico de su origen, como apuntaba Octavio Paz. La palabra poética es en el tiempo (Machado), pero también es verbo suspendido en el aire (JRJ), en la respiración del poeta, de todos los poetas y los hombres. Se trata, por tanto, de nombrar como si fuera por primera vez, llegar a la raíz de lo nombrado y fijar en la tierra la palabra, para que diga siempre su verdad. No puede haber arte sin verdad. En poesía, la simulación ha de ser verosímil, porque en el fondo es verdad, desde el momento que toma cuerpo en el lenguaje. Defender esa búsqueda, esa verdad subjetiva, que no absoluta, forma parte de una apuesta moral con las palabras, con esa «encomienda», más ética que estética, que es el nombrar.

La guerra y la barbarie, así como la demagogia y la manipulación, conllevan la mentira y el equívoco, la invención de un falso idioma adaptable a los intereses de la batalla y el continuo saqueo de la imaginación y el

verbo. En nombre de la paz se hace la guerra, en nombre de la convivencia se incita al odio, en nombre de la justicia se explota, en nombre de la libertad se amordaza, en nombre de la protección se doblega, en nombre de la democracia se recurre a métodos de la dictadura, en nombre del diálogo se insulta, en nombre de la tolerancia se desprecia, en nombre de la seguridad se bombardea y en nombre de nosotros se nos aniquila.

El poema es una forma de retorno: decir paz a la paz y viento al viento, decir que no al empeño de hacernos olvidar para qué sirven las palabras, decir que no a la guerra cuando hablan de conflicto, decir no a la invasión cuando de ayuda, y no al negocio cuando de defensas. Daños colaterales, no: masacre, asesinato, mutilación, vileza. Cada cosa en su sitio, y contra aquellos que se empeñan en mostrarnos la muerte como vida, arrojémosle al rostro la venenosa sustancia de la poesía.

Sin embargo, no hay que confundir el acto de nombrar certeramente con la dicción cotidiana que casi roza las esferas de la crónica periodística. Bajo la excusa de encontrar una utilidad a la poesía, esta se emplea —o al menos su forma versicular— en la tarea de expresar sentimientos primarios, casi a flor de piel, que bien podrían transmitirse por medio de otro tipo de escritura o actitud vital. Vivimos bajo el poderoso imperio del mercado. Todo es vendible y objeto inmediato de consumo. El éxito social se adquiere siempre y cuando uno sepa

vender su imagen y su producto. Algunos poetas entran al trapo y adecuan sus versos a la urgente demanda de su público, como si fueran eslóganes o máximas para vivir, dormir, comer o emocionarse mejor, todo en un mismo paquete, sin exigir el mínimo esfuerzo intelectual o sensitivo. Los poemas pierden entonces su ambivalencia, su pluralidad semántica y sensorial. Se encaminan a un lector tipo, proyectado de antemano, para quien el poeta escribe claro, derecho, directamente, sin desvíos ni meandros, como si fuera un cantautor exitoso que esperase llenar los estadios con su espectáculo. Los poemas tienen cada vez más argumento y menos capacidad de bifurcación. Se escribe más acá de ese umbral que señalábamos al principio, casi con la puerta cerrada, sin interés por lo que ocurre en el otro espacio y, me temo, que con la incapacidad de atravesarlo, de abrir los ojos en lo oscuro y comenzar otra vez a nombrar, como si fuera un nacimiento, una repetición renovada y asombrosa de todo lo que somos, cuanto fuimos y hemos de ser: origen y memoria.

Bajo la excusa realista de que el lector debe identificarse a primera vista con el texto escrito, y en nombre de una presunta claridad, a veces rechazamos todo lo que no sea tangible y cristalino en su propia dicción y aquello que no refleje fielmente el rostro de quien se asoma al poema. Mas la escritura no es un espejo plano, sino una mar de aguas cóncavas en el que se multiplican nuestros actos y facciones; se pierden, vuelven, se en-

mascaran, desaparecen en la noche, haciéndonos creer que han bajado hasta el fondo, y amanecen al otro día con la forma de un tiempo nuevo, con bruma u oleaje. En el mar natural de los días y las noches se expande la realidad con mayúsculas, más allá de ramplonas y chatas discusiones sobre su forma y apariencia. He contemplado el mar desde niño y en él me he visto cambiar a lo largo de mi vida. Como la música, el mar es pretexto y motivo de mi escritura, imagen y metáfora de mi vida, tamiz de una luz orientativa para mis pasos, incluso cuando físicamente estoy lejos de él. Intuí por el mar que casi todo es múltiple y único a la vez, y que la mejor manera de *refutarlo* es observarlo desde todas las costas posibles, mentando sus variados y hermosos nombres, bañándome en sus aguas, recogiendo las piedras en sus orillas y escuchando el rumor de cada ola, con la certeza del retorno, de volver a mirar desde mi propia niñez un paisaje que es otro, pero que en su profundo movimiento me representa con fidelidad.

Comencé a publicar en 1976, pero fue a partir de la quinta entrega cuando creí vislumbrar un camino que, aunque producto de todo lo anterior, tomaba una dirección bien diferente, que aún me conduce a un incierto pero atrayente territorio. El título del libro se lo debo al mar y a aquel paisaje que contemplé casi a diario desde la azotea de mi infancia, cuando los buques y transatlánticos partían del muelle hacia lugares desconocidos para mí. ¿Dónde irían? Atrás quedaba la ciu-

dad, silenciosa, interrumpida sólo por las broncas sirenas, mientras los barcos desaparecían tras el humo. Esa imagen ha permanecido en toda mi producción poética posterior como *leitmotiv*, tanto, que pensé reunirla toda bajo el título de aquel libro: *El humo de los barcos*. Viaje y abandono, sorpresa ante lo inesperado y nostalgia por lo que se deja atrás, efusión y melancolía, abstracción del paisaje en alta mar, luz hiriente e informe, que engendra en sus reflejos la forma de ser vista y contemplada. El inicio de ese viaje guarda su equivalencia en un proceso personal de transformación interior. Como apunté al principio de estas notas, la poesía es para mí la herramienta más poderosa y sutil para intentar desvelar lo más oculto de nuestro ser. Es, por lo tanto, esencia también, vehículo y resultado, sendero y espacio de llegada a la vez. Los místicos mantienen que el viaje es el fin, y que en ese largo e interminable periplo, donde aparentemente nos perdemos y no encontramos nada, recibimos el más alto aprendizaje de la vida. El poema es quizás el esquema de ese viaje: la entrada al laberinto sin saber la salida, pero sus palabras son luminosas, otra vez como las estrellas, y con ellas podemos vislumbrar el minotauro, que no es poco, al margen de la salvación o la condena. Intento pues evocar los diferentes estados y momentos de esta interminable travesía marítima, los puertos donde la nave atraca, sus luces, la lengua de sus hombres y sus músicas; pero hay un viento que silba en mis oídos, un susurro tal vez que me hace detenerme

demasiado tiempo en la nada y el vacío, como el paraje que ansiaba conocer desde niño y al que le dan sentido las palabras. Nada y vacío como paradojas de una cierta totalidad eterna, como el escenario de un anhelo perpetuo que une el fondo con lo alto, el cielo con el pozo más profundo de la tierra.

Veladas palabras para decir –que no contar– este juntar, y discursos cortados como ríos subterráneos, destellos y sombra, rumores y silencios, un ambiguo sonar entre el sueño y la muerte, un trazo que, en su propio dudar, tiembla y quiere, al fin, nombrar esa experiencia. No arrogantes palabras, ni epopeyas, ni épicas. No el traqueteo del verso que resuena como una maquinaria engrasada y monótona. Ni historias ni argumentos (otra vez Juan Ramón) para captar esos instantes. Palabra silente y desnuda, que gira y gira sobre su signo, como un derviche, hasta el abandono (*fanâ*). Es entonces cuando adquiere el sentido exacto, fuera de la propia voluntad del poeta, y nombra otra vez de nuevo. Como la aguja de una brújula señala, pero desde una deliberada ambigüedad, analogía del universo: *uno* y *verso*, uno y múltiple. Todo es una espiral y una danza que gira y gira (*sama*) y repite su nombre sin cesar, como un recuerdo permanente (*zhikr*). En su repetición es ya la música y, como indica Al-Gazzali, esta palabra se repite en el interior y sube a la lengua, donde se desvanece su huella hasta que el corazón queda unido a su recuerdo. No me

sirven pues la palabra etiquetada, ni el desarrollo lineal, ni la historieta, ni la armadura sentimental del poema para anotar las peripecias del viaje como un diario de bitácora, sino el impulso fragmentario, la mirada fugaz, el pensamiento alado, el instantáneo y penetrante rayo en la oscuridad, la música del verbo. Me siento entonces más próximo a tipo de escritura que participa de la misma intención, estilo y sonoridad. Por eso he escogido para esta selección textos incluidos en poemarios a partir de *El humo de los barcos*, más algunos poemas inéditos concebidos también bajo esta órbita. Son poemas un tanto «inacabados», no en el sentido de su mejor o peor estructura, sino porque están abiertos a ser manipulados de nuevo, y a cambiar incluso su señalamiento, tal como se transmuta el ser y el yo adquiere distintas aristas. En la reescritura de muchos de estos poemas he tenido la sensación de adentrarme más en sus palabras y participar con más vigilia del acto de la creación. En cada corrección asoma una clave, una pieza, un cabo que conecta con los otros textos y con el fondo de nosotros mismos. Sujeto a la variabilidad de la vida, el poema se transforma para mostrar cómo somos ahora. Ese proceso correctivo no responde a la minuciosidad del relojero, ni a la tenaz labor del orfebre, sino que brota desde un sueño, desde un viento lejano que altera la forma del desierto. ¿Obra en marcha? ¿Escritura en movimiento? Tal vez, nada es estable y gira, como el derviche y la palabra, para mostrarse en la otredad.

Soy consciente de que este discurso provisional y fragmentario me aleja de cierta concepción de la literatura, imperante entre muchos de mis colegas contemporáneos, para los que el poema es un circuito cerrado y sujeto a un recorrido que empieza y acaba en un discurrir de imágenes sucesivas, sintácticamente coherentes y amoldadas al «sentido común», como si aún no hubieran nacido Pound, Trakl, Celan o cierto Juan Ramón. Tampoco el propósito de este incierto viaje coincide con las de sus finalidades («Entreme donde no supe/ y quedeme no sabiendo», SJC), pero aún entiendo y comparto más al hombre deshabitado si me hablan de la «soledad de los triángulos» que de la «soledad de la hamburguesería». En nombre de una presunta modernidad creo que a veces se escribe como antes de ayer, sin tensar o moldear el lenguaje con respecto de las necesidades expresivas que el presente requiere. Ni la narratividad ni el figurativismo pueden ser timbres estilísticos del hombre contemporáneo, como en el terreno de la composición musical tampoco es el de la melodía, la armonía o las formas convencionales. Resulta curioso observar las divergencias estéticas y la distancia con respecto a la utilización de los respectivos signos entre los músicos y poetas españoles de una misma generación. Sigo conmoviéndome con los triángulos solitarios, así como con «los más soberbios bemoles» (César Vallejo). Hemos confundido demasiado lo posmoderno con el simple envoltorio de los conceptos, e incluso de

los sentimientos y emociones. Se retorna demasiado al bodegón, a escenas demasiado manoseadas, a un permanente *déjà vu*, un viejo cóctel donde se añaden nombres nuevos para insistir en la desolación humana (garajes, autopistas, supermercados), y se termina hablando del paso del tiempo con menos apuesta que la de Jorge Manrique; o lamentándonos de las novias que, por ya viejo, nos abandonan en la barra de un club nocturno. Porque quizás, el gran tema de la poesía es el tiempo, tanto en su eterno fluir, que es la vida, como en su detención, que es la muerte. Y a partir del tema principal comienza el desarrollo, las variaciones, la fuga, las metáforas, que como intuía Borges, a lo mejor no son más que siete. Mas el poema es tiempo sobre tiempo:

Tiempo sin devenir,
sin pasado ni hoy.
Tiempo sin tiempo,
tiempo sin espacio.
Sólo un punto inasible en el vacío,
compacto corazón,
conciencia líquida.
Paradigma del aire,
piedra rota.

La poesía siempre ha indagado más allá de su propia representación verbal. Como analogía de un orden superior o paralelo, termina explicando nuestro íntimo

microcosmos. La aventura del espíritu humano es como un largo poema, donde las imágenes y metáforas van desnudando el ser, hasta mostrarlo iluminado en esa noche oscura. Lo demás, ni siquiera es materia, puesto que la materia fecunda, germina y es sustancia para el alma. No es metafísica religiosa, sino simple transformación verbal. Lo que ocurre es que, como en todo proceso alquímico, la piedra termina por convertirse en oro, la palabra en aliento, su ritmo en nuestro propio latido y su sonar en otra música que nos presenta a nuestro ser como nunca antes lo habíamos sentido.

Esa poesía sigue viva, invitándonos a traspasar el umbral y entrar en el espacio donde los nombres fundan y fijan la memoria al margen de modas y tendencias, incluso del tiempo y la historia. Es la poesía que nos recuerda el origen y nos ofrece el verdadero nombre. Es voz colectiva, acento compartido, encendida palabra: la música del verbo.

Cádiz, julio de 2007

SELECCIÓN DE POEMAS

TESTIMONIO DEL ARTE

De aquel nombre quedó sólo el misterio
que formaban sus letras. Ni olor ni desventura,
ni lo que permanece cuando vuelve la sombra
y se imagina el gesto que allí estuvo.
Ninguna sensación. Esa desidia
que a las cosas les otorga el destino
de ser varias en medio de una sola,
de arrinconar lo amado y no hacer el recuento
era el único síntoma que indujo a describirlo.
Así el manto de fibras amarillas,
la densidad del cetro, las magnolias,
nada importan al arte que, al contrario
de todas las costumbres, muere cuando ambiciona
recordar la pericia del acto.
Iluminado el nombre o el amante
nadie habrá de narrar sus sacrificios,
pues el dolor o la hermosura vuelan
más alto que su signo. Y si alguien
llama ahora sordamente a la puerta
que exclame cuanto ha sido y en el umbral fallezca,
deposite los restos del silencio.
No habrá más testimonio que ese golpe
del aldabón hundido o, a modo de la vida,
la nostalgia de quien contempla y calla.

TEMPORIS LAURAE

Vuelve hasta el corazón y con el tiempo
que de retorno queda, la hermosura
de la caricia, duérmete. A duras
penas te irás acostumbrando al viento
que da lo que no es suyo, a su bravura
que mienta lo innombrable, al invento
de una lengua común. Toma el aliento
que te falta y escoge la locura
de esconderse otra vez bajo el amor.
Prepárate en el beso y la conciencia
aparta. ¡Qué pureza el abandono!
Sólo el presentimiento del dolor
hace indomable al cuerpo: adolescencia
de cuanto va camino de su trono.

REALIDAD Y DESEO

Entretanto el licor y la ceniza
iban desvaneciendo su impostura.
Era la tarde de verano, los jinetes
pasaban a galope por el lugar del arte
y el encuentro surgía. Levemente
el cristal de la copa transpiraba
la lascivia del apurado líquido
cuando la realidad desaparece
y no quedan más cosas que contar.
Ni palabras ni música. Un silencio
metálico impedía cualquier signo
que no fuera de vida (la escritura).
Volvió entonces la página. Impotencia
de no alcanzar el centro del escrito,
ese aliento de formas y de nombres
entre los cigarrillos y el pasaje
de amor en esa tarde de verano.
En el intento de aprehenderlo todo
hubo una desazón, una nostalgia,
una suave cadencia de otros versos,
el viento, su trágico deseo
de apartar el papel para vivirlo.

HERENCIA DE LA LITERATURA

Esta vida que ofreces no es la vida
que debes escribir. Entre las flores
del mal la extraviaste. No enamores
a nadie con tus versos y olvida
que vives y que escribes. Los albores
de la palabra iluminan la huida
cuando no hay que decir. Sólo una herida
permanece entreabierta a los clamores
de la noche. Navega hacia el azar.
Explica ese dibujo imaginario
que es tu ser y la nada, la añoranza
de unos signos ardiendo por el mar,
por la página en blanco de un diario
que se escribe a sí mismo, sin tu andanza.

COMENTARIO DE TEXTO

Brevis esse laboro, obscuro fio
(*Ars Poeticae I, 25*)

No me llaméis ahora. No exijáis que la pluma
de Horacio llegue hasta la raíz y limpie la impureza
del tiempo y el destino. Dejad al menos
la posibilidad de enfrentarse a lo oscuro con amor.
Tan firme es la pasión que ingrata espera
conservar su fogata frente a la inteligencia.
Dejadla caminar por los rincones de los libros
y esperad bebiendo su retorno, que ha de volver
marchita, si el trance del escrito lo requiere,
o victoriosa de una inútil batalla.
Bajo el frágil secreto de su abotonadura
mostrara siempre una herida incurable.

ESTA MÚSICA

Tú me dices el mar en esta música.
Sin descifrar el humo, ni las señas,
me inclinas al salitre,
la tentación del baño,
los arcángeles,
besarte bajo el agua y anudar
otra vez el olvido y la sentencia
de amar entre los nombres la hermosura.

CORAL

Es la música, el mar, es la caricia,
la sensación costera de ausentarme
para volver al sueño y a tu boca.
La desnuda torpeza de la risa
clama el sitio marino
—el navegante—
de correr a buscarte por la vida.

SCRIPTUM

Mira el norte perdido de la brújula.
Para qué la entereza y el tesón de los muertos,
para qué el nombramiento de los mares
si ahora llegas deshecho, con las manos en alza,
pregonando batallas entre el vacío y su ritmo,
al fin, una derrota que la vida te ofrece
como otro mal de amor. Se ha desatado el viento
y el rumbo se ha dejado a la deriva,
a la suerte del canto y la palabra hueca.
Se ha desatado el viento y el silencio dilata
su memoria entre este manuscrito, que es la vida,
y el sueño de la nada. Mientras, navega el corazón
esquivando saetas y palabras, y ya tu abandonaste,
sin intentarlo apenas, tu puesto en su secreta
intimidad.
Por qué vienes ahora contando cuanto amaste
si no lo has defendido, si has dejado perder
como se pierde una vulgar costumbre
la irrepetible duda de la incierta palabra,
el silogismo hermoso de la muerte y la noche,
cuanto deja de ser al escribirse.
Has perdido tus huestes, todo lo que la lengua
te dio para callar y así permanecer frente al poema.
Fuiste débil y ahora te queda el llanto
para ganar tiempo y medallas, para buscar

como un cobarde el lugar donde alaben la derrota.
Pero el norte perdido ha de ser tu destino,
rondará tu latir sin el compás del tiempo
recordando el pisar donde nació aquel nombre.
Abrirás su dolor como si fuera un libro y tan siquiera
la vejez de su tinta recordará la sangre
que un día depositaste entre sus letras.

LAS SÍLABAS OCULTAS

A Fernando Meléndez

Allí quedó la música más alta que la muerte,
en cada hueco suena un silencio peor.
Entre el espacio negro de un corazón sonoro
se insinúan los ritmos de un mudo corazón.
Sólo el compás y el tiempo perduran en la línea
que al horizonte escribe la mano del valor
y a sabiendas del oro tañido de la música
buscan otra palabra que suene entre los dos.
Brillan en los lugares los símbolos del viento,
el zumbido foráneo de un sueño y un fagot,
pero allí tras la muerte arde el cántico en llamas
y la memoria nieva sin eco y sin pasión.

NOCIÓN DEL AGUA

Entre la espiga de la noche
el corazón resuelve en música
toda la estela de los nombres
que la memoria dibujaba,
Mas cuando suenan otras voces,
la luz se vierte en las palabras
y en soledad buscan el norte
para empezar otro concierto.

EL ORDEN DE LAS COSAS

Quiera otra vez la rosa ser un signo aparente
de la vida y el mar. Quiera su sombra ser testigo
de todo cuanto el tiempo dejó desvanecerse.
Quieran flores y aguas ser el tiempo.
Vive el silencio entre sus pétalos y cae la tarde.
Permanecen los símbolos más allá de los nombres
y dentro de la rosa un laberinto nos conduce al vacío.
Mientras, se hace la lengua y el fuego la mantiene.

SOLO DE CÍTARA

En ella veo la luz y la palabra,
pues todo espacio iluminado tiene un nombre
que hiere más allá de los nombres,
y así forman sus gestas las palabras
que a otra luz se refieren.

En ella veo los símbolos
que ordenan entre la oscuridad
la valentía de anticipar un canon
para el entendimiento de las otras palabras,
otro amor que refiera los susurros del sueño.

En ella veo los sueños
y ese espejo donde el idioma es cóncavo,
y sugiere cuanto la noche adelantaba
a las otras palabras
para verter la luz entre sus sílabas,
los huecos del amor.

En ella están velando las palabras
como una hoguera en la memoria.
En ella brillan los secretos
que tras los nombres se amordazan.
Porque ella es quizá como la muerte,
es como el oro.

EL DESIERTO

Nace del mar la esfera de la noche vacía
y en la nada granate se confunden
el alma con el lobo.

Entonan las estrellas sus cánticos desnudos:
es entonces la vida la conciencia del viento.

Todo es memoria blanca, sin tiempo,
sin recuerdos, sin palabras ni piedras.

Aquí el fuego es papel sobre el marfil del agua
y en sus ascuas mojadas se deshace el destino.

Tempestades de arena hacia los signos yertos
en el olvido amargo de un idioma celeste,
arrastrad los espejos que hieren al silencio
y entre los laberintos del mercurio y el miedo
contemplad la hermosura de ser estatua y aire.

EL SUR

A Carlos Edmundo de Ory

Lohengrin (Preludio del Acto I)

Richard Wagner

Surge del mar un sueño sonoro que me invita
a abandonar el tiempo y a reparar las naves
de la memoria despojada, a surcar el espacio
marino de la música y a ser solo silencio.
Deben llegar muy pronto los corsarios anónimos
a recoger el cofre de un azar misterioso:
la razón y la patria de un amor en desuso,
el prisma de la vida como el eco del mar.
Viene del horizonte la goleta encarnada,
la palabra que vuelve su gesto al infinito,
y entre ritos de pájaros y compases de agua
reconozco la muerte como el sur de mis sueños.
Es invierno y el mar huele a cerveza rancia,
los cielos y sus nombres juegan con la pasión
que entre la rota espuma se sumerge cautiva
del rumor de la noche que la invita a no ser.
No sé si el pensamiento o la tinta sin forma
me incitaran en vano a contar el vacío:
De todo aquel deseo que me arrastro a la orilla,
ahora sólo me queda la amargura del verbo.

LA AURORA

Si viniera del canto desnudo y sentencioso,
si del sabor de la granada
o del blanco horizonte del jazmín y la vida
resurgiese de pronto entre la sombra
y con la resonancia de lo ayer nombrado
sería de soledad, corazón o de sueño.
Mas no tiene palabras ni mentor de su niebla
e inmensa calla y enmudece.
Se difumina el movimiento
y en el principio del amor y la forma
el frío recorre la inocencia
de quien exhausto mira.

(De *El humo de los barcos*)

LA PIEDRA Y LA MEMORIA

La voz de la memoria nos redime del pozo
donde las piedras caen junto al silencio espeso.
Su timbre nos recuerda que también fuimos piedras
que en el pozo vivieron haciéndose silencio.
Vivir es un estado de voz en la memoria
y la vida es un acto que el pozo me recuerda.
Deja elegir su música pero impone su eco:
el de la piedra oscura y la memoria blanca.

COMO EL FUEGO Y EL AGUA

La muerte es la otra cara de la esfera del sueño
y en torno a ella jugamos ignorando su nombre.
Al sueño de la vida le llamamos la muerte,
pero ella es la hermosura que duerme al otro lado
del párpado y la noche, de otra vigilia nueva
que por negra y brillante suena en el corazón.
La vida, que no es nombre siquiera en el deseo
de esa muerte escondida, permanece en la música
como el mar repartido de esa esfera que vibra.
Un centro que no es centro sino fuego infinito
reclama la angostura del tiempo en que se tocan
esas dos ilusiones que sueñan muerte y vida.
Un centro como el fuego, y el agua en una mano,
la mano que sostiene de la muerte su música
y de la vida el eco de esa música muerta.

UN INVOCADO ENCUENTRO

No es más que otra palabra
la que en la tarde suena
y acude como flecha
hasta el fondo del alma.
No es mas que un nombre ardiendo
que busca su ropaje
y reclama en la tarde
de su lengua el sosiego.
No es más que un mal dibujo
que en el aire se esboza
y de su línea brota
el último susurro.
Llega descomponiendo
el orden de las cosas,
cambiando la memoria
de los mejores versos.
Llega con esos aires
de azul melancolía
como sí entre la vida
pudiesen condenarle.
Nace como una fuente
que humedece el desierto
y no es más que un reflejo
del agua y de la muerte.
Duele cuando se acerca

y ensancha cuanto duele,
sin embargo florece
en el dolor su fuerza.
Va encendiendo la casa
y en la luz desfallece,
como la voz ardiente
que apagan las palabras.

EL NOMBRE DE LA MUERTE

Pasa y cierra la puerta,
entra en la habitación donde visitan
los nombres a las cosas,
como al lecho de amor empuja el cuerpo
y en el rincón del tiempo la encontrarás dormida.
Allí estará esperándote antes de ser palabra.
Pasa y no digas nada.
No enciendas otra lámpara que la del corazón.
No trates de que cuente su vida ni su muerte.
Quizás nazca ahora mismo cuando tú la ilumines.
En ella surge el frío y el labio que la nombre
antes de que sus letras se posen en tu lengua
y así brote un idioma tan sólo como único.
Cuando estés frente a ella no la toques,
siéntete tan perdido como naciente es todo
y observa la hermosura de un absurdo destino
que te explica la vida en medio de la muerte
como esta habitación.

EL FUEGO Y LA PALABRA

Hay pétalos ardiendo en el invernadero
y no ha cesado de llover.
Como en la ocultación de este poema,
la vida se desgaja entre la hoguera
de cuanto no se dice
y aquello que no saben decir estas palabras
encabalgadas en el sino
de su naturaleza.
Y continúa lloviendo.
Si la tierra mojada fuera un síntoma
de su propia cosecha
todo estaría nombrado por el misterio de las aguas.
Sin embargo ese fuego inextinguible
arranca de raíz la flor y el pensamiento
que luchan con la muerte.
y con el acto de nacer.
Sólo el amor del pétalo a su colocación
junto a otro pétalo alrededor de su corola,
como estas sílabas dispuestas
por el azar de sus pasiones,
hace que el propio fuego sea la vida
y que sus letras sean escritas
a través de la llama.

LA MÚSICA DEL SUEÑO

Si pudiera sembrar junto al misterio
de dos o tres palabras pronunciadas,
una en la lengua de la hormiga
de donde surge la paciencia de fabricar los símbolos;
otra en la piedra antigua
que antes de su concepto nos enseña
la melodía del corazón;
la última puede que esté saliendo de los labios
como primera imagen de la vida,
quizás es la palabra del final o el principio,
la palabra que encierra todo el fuego del sol.
Si pudiese por medio de la música atraerlas,
encadenarlas a la frase que ennoblece a la noche
haciéndola más negra, más oscura.
Si pudiese el azar encabalarlas
y de pronto brotaran en mis sueños
habré por un momento, un único momento,
rozado entre mis párpados la plena libertad.

OTOÑO INDIO

Hay un instante en cada vida
en el que los colores de los árboles
se confunden con la diversidad de la experiencia
que el corazón retiene.
Así toda la gama del otoño
te sorprende,
no por la conjunción de su materia,
no por las armonías de su linaje,
sino por el dolor interno
que causa en cuanto abarca.
La imagen repetida de su nombre en tus sienes
te sacude y te vibra,
hasta que un frío enamorado
te desola la sangre.

EL MUNDO DE CRISTINA

(Andrew Wyeth)

a Luis Javier Moreno

Desde sus ojos surge el mundo
que se concentra entre los límites
reflejados en su pupila:
aquella que no vemos
pero que imaginamos en la vana sospecha
de la similitud.
Por el color de ese paisaje
dibujamos el iris de sus ojos
tal como el nuestro al contemplar el cuadro,
pero sin la muchacha
que es ella misma.
Su quebradizo cuerpo es el eje de un sueño
más allá de la metafísica
y casi roza lo real
Su brazo es la otra línea que soporta la vida
sin llegar a romperse
porque sabe que en él se encierran
todos los paradigmas de la luz.
Pero el misterio es su mirada,
la que no vemos nunca,
aquella que nos muestra cuanto ve
y guarda para sí
un secreto horizonte que no dice.

HALLOWEEN

Hay una máscara en la noche
que me recuerda a un sueño
que tuve con la vida.
Entre todas destaca
por un leve rasguño
que le dibuja el pómulo.
Una línea callada
y que enciende los rostros
de quienes se la cruzan.
En esta fiesta de los muertos
ella es la luz del día,
la que cegó mis ojos
cuando intentó sacarme
del mar de las tinieblas.
Señalé para siempre
su belleza y su sino
porque en lo oscuro ardían
las ramas de mi nombre.

EL ESPEJO Y EL AGUA

a Javier Galiana

El movimiento de las olas
se reconoce en los espejos
cuando tu rostro tiembla y fragua
sobre el azogue el tiempo.
Y cuando el mar clama la ausencia
de gaviotas y veleros
ante el cristal se resquebraja
la línea del silencio.
Así la muerte con la vida
muestra su amor al universo
igual que el agua en la mañana
donde te ves más viejo.
Tras acudir a las palabras
para explicarte sus misterios,
entre sus símbolos encuentras
tu más gélido invierno.
Pero aún te queda la certeza
de ser tu propio pensamiento,
y de la vida desgranada
guardas ese recuerdo
de cuando andabas por la playa
buscando al mar en el ejemplo
de los confines de tu alma,
igual que en el espejo.

EL RÍO

Mientras ocurre el río
está la nada acariciándolo
desde cualquier parte de cauce.
Agazapada entre las piedras
como animal herido,
espera que el torrente de las aguas
haga rutina su belleza.
Si el río -un accidente de la nada-
impone su ternura,
su coraje y su música,
es para arrebatarnos el paisaje
que en tomo a él imaginamos.
Cuando los ojos se concentren
en la fuerza que emana de su primera sílaba,
esa corriente que transporta
los nombres más hermosos de la tierra
será la nada entera
y nosotros la imagen de aquel río.

COMPÁS DE ESPERA

Retengo más allá de su ráfaga
la predisposición que el amor requería
antes de ser la luz.
Entre la voluntad y su naturaleza
recuerdo un movimiento,
un telúrico espasmo que alteraba
todo el azar de la existencia.
Era más asombroso
que el deseo que vino a transplantarlo.
Era una cavidad de donde el viento
azotaba hacia el interior.
Luego llegó una dicha
que me habló de la muerte
como jamás la conocí.
En ella me explicaron los nombres más agónicos
y el dolor que soportan,
pero el espacio limpio que buscaba
la eternidad de la palabra
ha de permanecer
sobre la cicatriz de las heridas,
desvelándolas.

PRIMERA CLARIDAD

Cuando amanece,
la ilusión de la vida que no existe
parece que predispone el tiempo
para escribir su realidad.
Hay una grieta que nos separa de los sueños
y en su interior se esconde
la pasión contenida,
para imponer más tarde
todo lo que creemos que es verdad
porque una sacudida nos desgarrar.
Cruzan los pensamientos de la rosa
con el sentir del hombre
y así se inventa el día.
Late un extraño corazón
y casi por azar
adivinamos que es el nuestro.
Una palabra nos espera
con la forma del mundo,
y en la ventana el sol nos lanza
la sonrisa más cómplice.

LITORAL

a Tomás Guido Lavalle

En la orilla del verbo expresa el viento
el amargo retorno de su fuerza.
Vino como el amor y sin saberlo
dejó la huella imperceptible
que llevarás a todas horas
sin haber escogido ni el tiempo,
ni su dios,
ni sus pronombres.
Late ya como tu propio pulso
y en su lugar estás ahora
contemplando en el mar su desafío.
Tu corazón que ya es el viento
no pertenece a la memoria.
Y la memoria como el verbo
conjugaba ya tu corazón.

MOTIVOS DEL DESTIERRO

Al fin pude evocar lo que no existe,
cuanto es melancolía por su nada absoluta.
Lo demás no me importa
pues la piedra y el árbol
viven ya en su escritura
y en el firme recuerdo de un paisaje
que la memoria guarda.
Pero el blanco lugar donde suceden
las cosas que no han sido ni serán,
es el mar donde habita la galera perdida
de mi alma y sus nombres.
Y allí en la tempestad vive el deseo
sin referencias anteriores
ni esperanzas cautivas.
En todo ese naufragio mi corazón se expande
en busca de despojos y espíritus vencidos,
mas sólo una emoción inextinguible
brota y se multiplica,
dejándome en los labios un testimonio
para decirme el movimiento
de esa abierta batalla.
Lo demás no me importa:
es cántico y existe.

APUNTES DE RETÓRICA

La forma en que se ajusta
la vida a las palabras:
espacio donde habitan
el amor y sus leyes.
Así cuanto creíamos
que era tiempo y medida
es la naturaleza
que abre bosques y mares
a tal acoplamiento.
Por lo demás, el tono,
la voz y la impostura
del espíritu en vilo
no son más que artificios,
accidentes del arte
que incomodan el ámbito
donde se purifican
la pasión y la muerte.

BRUMA ETERNA

Más allá del invierno,
donde ya no reposan las aves migratorias,
más allá del exilio de las aves,
más allá de las aves y de su disciplina
una desnuda esencia se nos abre
sin alma y corazón,
más allá de esta especie y atributo.
Un camino de nieve la desgarrar.
Es la separación que la naturaleza
ha interpuesto entre ella y cuanto existe:
un nombre blanco y gélido.
Palabra anacarada que duele como vértebra
de todo el universo,
vaho del tiempo y la nada,
bruma eterna.
Más en ella hay amor configurado
y una pasión antigua
que todo lo hace nuevo y lo renace.
Hay también una sombra que divide
la lengua de los hombres
en cenizas y en ascuas.
Pero el espacio que ella ocupa
es el principio de otro idioma

que desde aquellos fríos
nos quema e ilumina
más allá del invierno,
más allá de los símbolos y el mar.

(De *Las sílabas ocultas*)

PRIMER REINO

En el jardín secreto de los nombres
reina siempre la flor que no ha nacido.
Su espacio se ilumina por el fuego
que de la tierra brama.
Se origina su especie por quien mira
y permanece absorto,
averiguando su palabra,
cómplice del silencio.
Puede que sea la muerte,
quien antes de ser música
dibuje su silueta
para seguir reinando.
Nunca brota su tallo,
pues sabe que su imperio
consiste en la promesa
de cuanto ha de permanecer
dentro de quien la ama e imagina.
Oh flor, nombre de tu jardín,
entre todos los nombres
siento tu llamarada.
Toco el aire y me quema,
confundo el corazón
con la forma que otorgo a tu materia,
vivo ya tras tu verbo
conjugándote

antes de ser naciente,
Escucho un mar vacío bajo la tierra
y sé que estás brotando en la consciencia
de quien te ama y te nombra:
flor y muerte.

VISITACIÓN Y ESTIGMA

La tarde de septiembre reinaba en la mirada,
y un corazón de niño
palpitaba diciéndote.
Tu nombre era de niebla y en vano yo insistía
en amasar las letras como tierra mojada
Llegabas con la brisa del mar.
Oías a brea
y a los frutos silvestres de mis sueños.
Venías a comprobar
mis labios sellados por tu ausencia,
a renovar ese secreto
que aún permanece firme
diciéndote hacia el alma,
sin palabras ni música.
Tu nombre galopaba
por la memoria incierta
de una tarde de otoño.
El viento en la vendimia
azotaba la sombra de las uvas,
y al verte
precipitaba la tormenta y la lluvia.
Aquel gris de septiembre
ha teñido mi infancia
de miedo y alegría.
Dorado clarear de los damascos

cuando yo te buscaba entre las hojas
y estabas en el verbo
ya ofreciéndote
a mi vida marcada
por el estigma de tu voz,
silente y turbadora.
Fragancia del verano,
y en el espacio abierto
de los campos de trigo
tu latir en mis sienes
me advertía
de un hondo y dulce abismo,
de una sola palabra.
Inmóvil te nombraba
como te nombro ahora,
cegado por la luz de tu secreto.

NIEBLA Y CONFÍN

En este mar no hay música ni agua,
no hay fondo ni horizonte,
no hay símbolos siquiera de naufragios.
En este mar sólo hay memoria.
Memoria oculta, impenetrable,
un silencio esparcido por el hueco
de la existencia imaginaria.
Recuerdo aquel secreto de un viaje
hacia el centro del verbo,
cuando las naves apuntaban
rumbo al amor y al ser.
Vivo aún sumergido entre las piedras,
como antiguas monedas que conservan
el calor de las manos y el ambicioso gesto
de quien compró la vida o la palabra
con sus primeras formas.
Retengo el pensamiento de la luz,
órdenes de otra brújula
que señalaba el corazón
como un destino irremediable.
Desde un anónimo ruido
que atempera mi sueño
surge el batir de cada ola
que dio nombre a mi vida.
Ahora ya luz y ritmo me azotan la conciencia

como este mar vacío
que anuncia su dolor.
Ahora el mar son las letras
que como un salmo se repite
con devoción frente a la nada.
No hay música ni agua,
sólo un ritmo naciente
que del susurro de su nombre
me anuncia entre la bruma.
No hay cielo ni horizonte,
sólo la línea imaginable
que separa quien fui
de cuanto nombro,
en esta tarde ya sin mar,
en esta niebla requerida.

CANTUS FIRMUS

Breve es la referencia de todo cuanto somos.
Delgada la materia del ser
como una aguja rota
que se clavara en la existencia
y fuera a la deriva por la sangre
hasta encontrar el corazón.
Tiempo el buril que graba mientras duele.
Testimonio de todo el infinito
que relata
la condición de la naturaleza:
una pequeña herida y un lamento
que se hace música al doler.
Nace allí la conciencia.
Lo demás es recuerdo de aquel instante gélido
de cuando el alma se encogía
en el hueco del corazón.
Crece como un murmullo y se alimenta
del gesto de los otros.
Tan parca es más que música,
se proclama a pesar de los labios que la nombran:
es más que su presencia,
es canto firme.

PRESENCIA

A Jaume Pont

Como un lirio quemado que en mi pecho
dibujase su forma,
así se manifiesta,
así llama a la puerta de la voz ,
y cuando todo vuela, duerme.
Duerme en mi corazón precipitado
y el pulso se hace suyo,
todo va transformándose en su reino:
la flor de la consciencia.
Nace una lengua para morir en sus palabras
antes de pronunciarlas.
Su verbo se conjuga en el espacio
que entre su sueño y mi desvelo
imperceptiblemente existe.
Todo es entonces cuando la nada habita.
Vuelve a mi corazón la fuerza de otro tiempo
que lo hace ser fuera de mí.
Nada es ahora porque quien ha dormido
como un lirio quemado
apoyado en mi pecho
me ha dado una palabra que lo nombra,
me ha soñado nombrándole,
me ha escrito en el vacío.

LA SOMBRA DE NOMBRAR

A Carlos Ripoll

Han llamado a mi hijo por mi nombre
y he sentido su vida fuera de mi existir:
Eh, Ripoll... gritaban desde atrás,
y un sobrecogimiento me invadió por la médula
al comprobar cómo de esa palabra
que me envolvió para mostrarme,
me he desgajado ya para ser sólo.
Seis letras que han juntado la lengua de los otros
para en la música que producen sus roces
escribirme a mí mismo,
surgir como una melodía
que de la forma en que me nombran
se atempera o se abrasa
en su propio cantar.
Mis sufrimientos y mis alegrías
han nacido del eco que ha producido esa palabra.
He encontrado mi vida, no en el lugar del alma,
sino en la casa resonante
de quien me ha pronunciado.
Me he abandonado a su fluir
como un náufrago atado al maderamen
de su barco sin rumbo,
y navegué por ríos y mares
confundiendo sus nombres con el mío.

¿He llegado a buen puerto?
No lo sé.
Me dispongo a ser.
Sólo a ser sin mi nombre.
Han llamado a mi hijo
como a mí me alentaban a mirar respondiendo
por las sílabas rotas del símbolo de mí.
Ahora es suya la sombra
que las seis letras reproducen
como su silueta.
Que todo le suceda dentro de ellas
sabiendo qué es el nombre y quién es él,
Que no cambie jamás su corazón por el ritmo
que ha de precipitar esa palabra,
repitiéndose,
con la obsesión de un amor frío y necesario.
Que se ate como Ulises al eje de su historia
y no sean las sirenas quienes griten su nombre
y para ellas viaje y componga su vida
como una partitura ofrecida a la mar.
Ahora es suya la sombra,
lo llaman y sonrío
sin saber que está solo ante una voz
que va configurando su memoria
para sentirse
sólo ante su ser.

LA MIRADA DEL MAR

A Javier Galiana

La mirada del mar ya es otra en este invierno.
Ayer cuando era niño mis ojos eran suyos
y mi tiempo aquel pájaro que asomaba sus alas
detrás del horizonte y que nunca venía
más acá de la línea. El sol era una sombra
de cuanto sucedía en mi corazón. Palpitaba
mi pulso como los astros giran y mis ojos
vagaban por las olas, perdidos en el mar.
Hoy la mirada es otra porque el agua ha llegado
casi a donde yo estoy, como si una marea
incontenible hubiese precipitado el tiempo,
y el pájaro secreto que soñara lejano
fuese mi confidente, viejo amigo sin nombre,
y ya el mar no mirara por todo lo que quise,
sino a través de cuanto no he podido contar.

ENTRE LA BRUMA

Creo en la noche.

R. M. Rilke

He de encontrarla entre la línea
que separa mis labios
de la respiración.
En ese espacio fronterizo
donde no hay más que afán de su atributo,
siempre ha permanecido
aguardando las sílabas
que en sus formas retienen
el latir de mi corazón.
He de encontrarla entre la bruma
que nos esconde para preservarnos
de la mirada de los muertos.
Estoy vivo en la noche
en torno a una palabra iluminada
desde el principio de sí misma.
Siento su luz
como una estrella fría
que se ofrece lejana
y está en el alma oscura
de mi nocturno azar.
Arde dentro del verbo que conjugo
y el calor de sus tiempos.

Únicamente hay luz
donde hay palabra.
Me esfuerzo en susurrarla
sin saber en qué idioma
me ha tocado vivir,
y así surge una lengua
amorosa y antigua
que me dibuja entre su música.
No la encuentro y me nombra
mientras mis labios la pronuncian
sin saber lo que dicen.
Por el temor de la memoria
a retenerla entre la nada,
escapa.
Sé que en la bruma abre sus alas,
me invita al laberinto
que su forma ha trazado
como el escrito de mi vida,
y al retener el pensamiento
la tinta es agua.
He de encontrarla entre mi nombre,
detrás de cada aliento que asemeja
mi ser con mi figura.
Su silueta es la sombra
del movimiento de mi cuerpo.
Su acento el eco de mi posesión.
Permanece en la nada

cuando el rumor de quien la niega
brama en la noche.
He de encontrarla en ese espacio
para también negarla,
y en el vacío de la traición
ser tiempo:
ser otra vez sin nadie
y repetirme.

FRUTOS SILVESTRES

Como frutos silvestres
han brotado los nombres de la tierra.
Antes de dar su forma al aire
han designado mi crepúsculo.
Espero entre los labios
el roce de su piel,
a sabiendas que el sol ha de ocultarse
desde que su palabra sea mentada,
que el agua de los ríos
será tiempo y arena
cuando la lengua determine su origen
y el destino del cauce.
Brotan los nombres de la tierra
para mostrarme ante la muerte,
para en el orden que imponen a las cosas
rememorar quien soy,
escribirme en el mar de la memoria:
efímero lenguaje.
Todo es luz sin nombrarla.
Todo es eterno sin pensar.
Mas busco tras las letras
la herida dolorosa
que me sostiene y aniquila:
Música y pensamiento

que otorgan el principio a la materia
y el final al recuerdo.
Todo es origen sin los signos
que entre cardos y espinos
lloré amorosamente:
Perdido paraíso,
mas corazón ardiendo
por el dardo encendido de esos nombres
que me hicieron girar alrededor del fuego,
mostrándome las horas de la vida
como frutos silvestres.

MUELLE ABANDONADO

A José Manuel Caballero Bonald

¿Has escuchado ese temblor constante
de los metales en los barcos?
¿Has observado como un tímido viento
puede escribir la música
del corazón caliente?
Ya anochece y a punto de zarpar
vuelves los ojos a la tierra,
dejas que el pensamiento navegue antes que tú
por el océano de un Dios
como el deseo.
¿Has oído el aleteo de los albatros
cómo presagian el viaje?
Todo está a punto y la mirada
refleja el hueco que te aguarda
donde el agua termina
y todo es sol.
¿Has hablado del aire antes de irte?
Alguien tiene que hablar del aire antes de irse,
este aire cálido y espeso
que empuja el alma al horizonte.
Ya quedan sólo piedras,
barcos abandonados,
amores sumergidos

¿Has escuchado el sordo golpe
de las amarras sobre el mar?
¿Has sentido como crujen las tablas?
¿Oyes soplar el viento
contra las velas esta noche?
Nadie habla y ya empieza el viaje.
Queda en el muelle la insitencia del aire,
hoy silencioso,
sin que ya nadie pueda hablar.
Como el eco de un himno sin palabras
que elevaran las rocas,
brota una sombra
señalando el fuego.

(De *Niebla y confín*)

SCHUMANN

La flor ardiente de mi juventud
se ha poblado de espinas
que castigan la mano y la nostalgia
de quien desea mostrarla.

No serás tú el testigo de mis años,
ni el símbolo de cuanto fue y no quema,
sino el punzón que testimonia
el tiempo que me queda.

Cuando llegue la muerte, enciértrate
entre el negro rosal de aquellos nombres
que dan forma al vacío
y exhala tu perfume.

Volverás a ser libre ya tú sola,
sin estos dedos que se obstinan
en mantenerte ensangrentada.

(Inédito)

LA OTRA NADA

Homenaje y plagio a Pepe Hierro

Después de todo, fuiste, antes que nada,
una palabra que vibró, y que todo
aquello que aspiró a decir, a todo
el mundo se lo dijo. Ya la nada

puede precipitarse y en la nada
de su propia miseria borrar todo
cuanto has vivificado, mas de todo
esto hay una palabra que por nada

podrán arrebatarte: es la otra nada
suspensa en el vacío, la que en todo
momento te pronuncia y a la nada

de siempre anula, porque es todo y nada
a la vez: negación y fe de todo
el sueño que has cantado para nada.

(Inédito)

I

De todo ese rumor que configura
la playa, el firmamento, el mar, su orilla,
sólo un guijarro entre las manos
asevera quién soy
más allá de los dedos que lo tocan
y acarician su mineral sustancia.
En la fusión imperceptible
de mi huella en la piedra
se escribe cuanto he deseado
y no ha podido ser.
Devuelvo el tiempo al agua
y continúo escuchando su sonido.
Lo demás es paisaje y una deuda
que me ha ocultado la mirada.

VI

Vienes aquí para insistir
en los acordes de una música
que sin cesar nos crea y nos destruye
en su propio sonar.
Como el silencio necesario
que el canto de la noche necesita
para que vuelva a amanecer,
nos recuerdas que también fuimos piedras

abandonadas en la orilla,
pretendiendo escribir la melodía
que difumina el horizonte.

VIII

Piedra entre piedras,
te escapas del azar como el aliento
que busca su retorno al corazón primero,
al exacto latido que hizo posible el aire,
te tiendes en la mano del caminante y callas
tu tiempo y decisión de ser tomada
como la única ofrenda de esta playa,
como la plena realidad que a sus ojos
ha de mostrarse para siempre.

XIII

Del mar llega otro cántico esta noche,
siega el intento de otras voces
de acompañarlo en su armonía.
Su compás es un todo indivisible
y su ritmo la esfera congelada
de lo que nunca fue.
Suena su giro interminable
como el quejido del vacío,
sentenciando en la piedra
mi forma y duración.

XVIII

En la tarde,
la rojiza hendidura que el sol deja
entre el cielo y el mar
nos remite al principio de un rumor obstinado.
Escucha, no el sonido del aire,
no el batir de las olas contra la línea imaginaria
que separa cuanto sueñas y vives,
sino el constante crepitar del silencio
que más allá de su propia insistencia
te desdice y aprieta entre su nada,
la hiriente indagación del miedo
precipitándote al vacío.
Escucha el zumbido de quien eres
como un eco lejano que ha dejado de ser.
Escucha ese otro cántico que entona
la miserable oscuridad del día
que viene cada tarde a rescribirte
en su roja hendidura.

XXIV

Como un río me recorre
este clamor interno
y dibuja el contorno
de la limitación.
Su ruido es balbuceo,

ni siquiera palabras
que digan o desdigan:
Son ascuas de una lengua
condenada al vacío,
el principio que brota
porque ha sido final.
En su terca costumbre
de ser materia viva,
ingrácida resuena
su voluntad de nada
Ordena sus silencios
como una rosa abierta
y entona el contrapunto
de la luz y del viento.
Llama a la noche y entra
en el oscuro reino
de las sombras perpetuas
y allí se reconoce:
es el eco de un nombre,
la tinta de un escrito,
la huella de unos pasos
que ni vienen ni van.
Como un río me recorre
este clamor que nada
dice de mí, ni sabe,
ni le importa mi música.
Suena en el cuerpo, acalla
las eternas preguntas,

diluye el pensamiento
en su propio torrente
y borra mi figura.
Por la memoria esparce
su crepitar, quemando
la hojarasca que cubre
la conciencia y su valle.
Se apodera del tiempo,
hace suyo el paisaje
de mis días. Resuena
ya sin mí.

XXV

Dentro, la espiga crece,
precipita su grano eterno,
su verdad.
Como el campo de trilla, el alma
sacudida por este viento
que todo cambia y barre.

Vuelve a ordenarse su paisaje
y ahora la noche enturbia,
presta su nombre a la materia
que envuelve,
gira desde el vacío
y ya es oscuro.

Dentro, la espiga crece.

Nadie la ve.
Solo el silbo del aire
sobre su inflorescencia
testimonia su forma,
su canto vertical.

Ni el reflejo de las estrellas
alumbra su ascensión.
Toda la noche cae
como un charco de plomo
sobre los surcos y los límites,
sobre el ardor de la conciencia.

Nadie la ve.

Perdido,
a tientas por los campos,
el corazón busca el motivo
de aquella música lejana
que ahora resuena dentro
y no se oye:
Dentro, donde la espiga.

La luz violácea de la aurora
señala el ritmo de su vuelo.
Brilla de nuevo su contorno

y la confunde con el día.

Rayo que vibra,
música que no es música,
monólogo en la tierra,
raíz de nada.

Lejana piedra,
dime,
de qué noción del ser
surge infinita
y adónde se dirige,
sin nombre,
sin porqué.

De qué ciénaga,
lupanar o desierto
nace su tallo
y apuntala el cielo,
fija la tierra al corazón
y aguarda la tormenta,
el agua,
una palabra nueva
para seguir creciendo,
germinando hacia arriba
y no volver.

A qué espacio sin lindes,
donde lo alto vive a ras del fondo,
pertenece y camina.

Qué música sin tiempo allí la espera,
piedra lejana, dime.

En su brote, la noche,
una hoguera apagada,
el hielo,
el alma
como un campo de trilla,
seco y quebrado el suelo,
el viento ya susurra
este pétreo paisaje
donde nada ha de ser,
este barro sediento
donde la espiga crece.

(Inéditos)

BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ RAMÓN RIPOLL

POESÍA

La tarde en sus oficios. Prólogo de Rafael de Cózar. Sevilla, Padilla-Libros Colección «Entregas de poesía», 1978.

Esta música. Rota (Cádiz), Pandero, 1979.

La Tauromaquia. Premio Guernica 1979. Prólogo de Aurora de Albornoz. Madrid, Editorial Ayuso, 1980. 96 pp.

Sermón de la barbarie. Premio de Poesía Villa de Rota 1980. Rota (Cádiz), Fundación Alcalde Ruíz Materos, 1981. 90 pp.

El humo de los barcos. I Premio Rey Juan Carlos I de Poesía 1983. Madrid, Colección Visor de Poesía, 1984. 72 pp.

Música y pretexto. Selección antológica y poemas nuevos. Granada, Diputación Provincial de Granada (Colección *El maillot amarillo*), 1990. 76 pp.

Las sílabas ocultas. Ayuda a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura 1986. Sevilla, Renacimiento, 1991. 96 pp.

Niebla y confín. Premio Tiflos de Poesía 1999. Madrid, Organización de Ciegos Españoles, 2000. 56 pp.

Hoy es niebla. Madrid, Visor Libros (Colección Visor de Poesía), 2002. 156 pp.

PLAQUETTES (SELECCIÓN)

José Ramón Ripoll. Granada, Pliegos literarios, Centro de Estudios Hispánicos. Universidad de Granada, 1981.

Poetas en el aula. Sevilla, Junta de Andalucía, 1989.

JRR. Palabras previas de Jaime Pont. Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1990.

Dos poemas. Málaga, Ateneo de Málaga, 1983.

José Ramón Ripoll. 15 poemas con palabras previas de José Manuel Caballero Bonald. San Roque (Cádiz), Aula de Literatura José Cadalso, 1994.

Protección de Aristóteles. Separata de *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 402, Madrid, 1983.

La sombra de nombrar. Jerez de la Frontera (Cádiz), Fundación Caballero Bonald, 2001.

José Ramón Ripoll. Poesía Digital. www.poesiadigital.es. 2006.

MUESTRA COLECTIVAS

Nueva poesía: Cádiz. Volumen compartido con Jesús Fernández Palacios, Antonio Hernández y Rafael de Cozar. Prólogo de Carlos Edmundo de Ory. Madrid, Editorial ZERO, S. A. Madrid, 1976. 175 pp.

6 poetas (*Rafael Alberti, José Manuel Caballero Bonald, Jesús Fernández Palacios, José Ramón Ripoll, Luis García Montero y Felipe Benítez Reyes*), Cádiz, Caja

de Ahorros de Cádiz, 1990. 66 pp.

Poèmes choisis (en colaboración con Jesús Fernández Palacios). Traducción y notas de François-Michelle Durazzo. Paris, Centre d'Action Poétique, 1994

Poesía viva (Edición bilingüe griego-español), Atenas, Instituto Cervantes de Atenas, 2003.

Voix d'Espagne (Romanciers & Poètes), *Europe*, nº 852, París, 2000.

Invention des voix (22 poètes d'Espagne), Montelimar, Voix d'encre, 1996.

OTRAS PUBLICACIONES

La alacena. Estudio y antología de Pilar Paz Pasamar. Jérez de la Frontera, Diputación de Cádiz (Colección Arenal), 1986. 110 pp.

Variaciones sobre una palabra (La poesía, la música, el poema), Cuenca, El Toro de barro (Cuadernos de Mediterráneo), 2001. 36 pp.

Cuarenta años sonando: la Orquesta RTVE. (Libro-disco), Madrid, Ente Público RTVE, 2005. 122 pp.

Cantar del agua (Reflexiones sobre música y texto). Madrid, Eleuve (Música y Letra), 2007. 308 pp.

TRADUCCIONES

Carmen. Ópera en tres actos de George Bizet con libreto de Henri Meilhac y Ludovic Halévy. Adaptación musical y traducción al español. En colaboración con Fernando Quiñones. Publicaciones

del Ayuntamiento de Sevilla. Sevilla, 1980.
Los naufragos del Jonathann, de Julio Verne. Madrid,
Editorial Legasa, 1983.

MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS (SELECCIÓN)

«Aurora de Albornoz: América y la España peregrina»,
en *Cádiz-Iberoamérica* nº 8, Cádiz, Diputación
Provincial de Cádiz, 1990, pp. 28-33.

*Entrando en otro siglo con Manuel de Falla y Cádiz al
fondo*. Programa de Reapertura Gran Teatro Falla.
Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 1990.

«La conciencia simétrica (En torno a los retratos de
Hernán Cortés)» en *Cortés, Catálogo*. Colegio
Oficial de Arquitectos de Andalucía Occidental
(Demarcación de Cádiz), Alcalá de Henares
(Madrid), Fundación Colegio del Rey, 1993.

«Manuel de Falla 50 años después. Retablo para
Manuel de Falla, en *Revista Atlántica de poesía*, nº 11,
Cádiz, 1996, pp. D II-D IX.

El cante jondo como fuente y espejo de la obra de Falla.
Libro Programa Inauguración del Teatro Real.
Madrid, Octubre 1997, pp. 94-105.

La plural realidad: poética de lo uno. II Congreso de
Poesía Canaria. La Laguna (Tenerife), Ateneo de la
Laguna, nº 198, 1997, pp. 139-143.

Beethoven-Liszt: las 9 sinfonías. Madrid, Fundación Juan
March, Noviembre, 1998.

«Vistas al mar (Apuntes sobre los compositores

- catalanes del 27)», en *Scherzo*, nº 112, Madrid, 1998, pp. 126-130.
- El mundo pianístico de Chopin: pasión y poesía*. Madrid, Concejalía de Cultura, Educación, Juventud y Deporte, 1999.
- «El eco de Bach en la música española del siglo XX», en *Scherzo*, nº 146, Madrid, 2000, pp. 128-133
- Hector Berlioz: dos siglos*. Madrid, Fundación Juan March, Noviembre 2003.
- El son de las palabras: un paseo personal por la música y la poesía*. Santander, Fundación Marcelino Botín (Poética musical), 2005.
- «La palabra y su espejo (La música vocal de Alfredo Aracil)», en *Sibila*, nº 16, Sevilla, 2005, pp. 48-51
- Dimitri Shostakovich en su centenario*. Madrid, Fundación Juan March, Noviembre 2006.
- «La memoria oriental (A propósito de los aerolitos de Carlos Edmundo de Ory)», en *República de las letras*, nº 69 dedicado a Carlos Edmundo de Ory, Madrid, 2001, pp. 49-54.
- En torno a Falla*. Ciclo de Conciertos. Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 2001.
- La música en la Generación del 27 (Del nacionalismo trascendido)*, Madrid, Residencia de Estudiantes, Marzo 1983.
- La música en la poesía de Ángel González* (Disco-libro de compositores españoles con canciones de Ángel González interpretadas por Joaquín Pixán y

- Alejandro Zabala), Madrid, Fono Astur, 2003.
- «Aerolitos y ensayos de Carlos Edmundo de Ory», en *Revista Atlántica de poesía*, nº 27, Cádiz, 2004, pp. D 23-29.
- «El verbo encendido», en *Cuaderno de Estudio y Cultura*. ACE, nº 19, Barcelona, 2005, pp. 37-43.
- «Semejanzas, diferencias y variaciones: música y poesía de las generaciones del 50 y 51», en *Campo de Agramante* (Fundación Caballero Bonald) nº 4, Jerez de la Frontera, Otoño 2004, pp. 87-98.
- «Primera lectura de *Marinero en tierra*» (En *Juan Ramón Jiménez y Alberti: dos poetas líricos*. Ed. Diego Martínez Torrón), Kassel, Edition Reichenberger, 2006, pp. 228-240.
- La mirada iberoamericana de Aurora de Albornoz*. Palabras reunidas para Aurora de Albornoz, Oviedo, Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Valdés, 2007.
- El archipiélago poético de Pilar Paz Pasamar. *Revista Atlántica de poesía*, nº 31, Cádiz, 2007, pp. D3-D15.

RESEÑAS Y CRÍTICAS SOBRE J. R. R. (SELECCIÓN)

BABLÉ, JOSÉ ANTONIO: «Seductora ambigüedad»,
Diario de Cádiz, 1990.

BIANCHI, MATILDE: «La Tauromaquia de José Ramón Ripoll: entre la lidia y la vida». *Pueblo, Sábado literario*, 4 de marzo 1981, p. 2.

BLANES, MATEO: «Del lado del tiempo», *El fingidor, Universidad de Granada*, nº 18, Granada, 2003, p. 57.

BLESA, TÚA: «Bajo el velo de Maya», *ABC Cultural*, Madrid, 20-7-2002, p. 11.

CABALLERO BONALD, JOSÉ MANUEL: «Poesía hacia adentro», *Diario de Cádiz*, 16-6-2002, p. 55.

—: «Hoy es niebla» *Boletín de la Asociación de Profesores de Español*, nº 42, Madrid, 2002, p. 13.

—: «La coherencia creadora de José Ramón Ripoll». *Aula de Literatura José Cadalso*, San Roque (Cádiz), 1997.

COBO WILKINS, JUAN: «El mar y la música», *El País, Babelia*, 20-7-2002, p. 10.

DE LA PEÑA, PEDRO J.: «Una embriaguez vivaldiana: Las sílabas ocultas de José Ramón Ripoll», *La esfera, El Mundo*, 29 de septiembre 1991, p. 5.

DE ORY, CARLOS EDMUNDO: «El cuarto jinete». *Introducción a Nueva poesía. Cádiz*, Editorial ZERO,

- S. A. Madrid, 1976, pp. 26-29.
- DEL BARCO, PABLO: «Nueva poesía: Cádiz», *Letras del sur*, Diciembre 1978.
- DOMÍNGUEZ REY, ANTONIO: «Nueva poesía: Cádiz», *Estafeta literaria*, nº 607, Madrid, 1977.
- F. J. S.: «Siempre/nunca la muerte», *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 380, Madrid, 1982, pp. 498-499.
- GALANES, MIGUEL: «Esa sobriedad de música», *El sol*, Madrid, 19 de julio 1991, p. 7.
- GARCÍA, DIONISIA: «Irónica amargura», *La verdad*, Suplemento literario, Murcia, 11-1-1981, p. 5.
- GARCÍA MARTÍN, JOSÉ LUIS: «Hoy es niebla», *El Mundo*, *El cultural*, Madrid, 24-30 de Julio 2003.
- GÓMEZ AYET, JESÚS: «Tres poetas nuevos: Julio Herranz, José Ramón Ripoll y Felipe Benítez Reyes». *Nueva estafeta*, Madrid, 1979, pp.79-80.
- LANZ, JUAN JOSÉ: «Introducción al estudio de la generación poética española de 1968». Universidad Complutense (Tesis Doctorales. Humanidades), Madrid, 1993, t. 3, pp 2.303-2.321.
- LANZ, JUAN JOSÉ y JUAN JOSÉ TÉLLEZ: «Marejada. Historia de una revista y de un grupo literario». Prólogo de Fernando Quiñones. *Quórum Libros*, Cádiz, 1997, pp. 15-130.
- LEIVA, ÁNGEL: «Nueva poesía andaluza: cuatro poetas», *Informaciones* (Suplemento literario), Madrid, 3-2-1977.

- LUQUE, ALEJANDRO: «La plata fundida 1970-1995»
Quórum Libros, Cádiz, 1997, pp. 13-30.
- : «José Ramón Ripoll», *El País de Andalucía*, Sevilla,
 29-1-03.
- LLAMAZARES, JULIO: «Señales de humo», *Diario 16*,
 Madrid, 17-6-1984.
- MÁRQUEZ REVIRIEGO, VÍCTOR: «Nueva poesía»,
Triunfo, Madrid, 13-11-1976.
- MARTÍN SABAS: «Hoy es niebla: escribirse en el mar de
 la memoria», *República de las Letras*, nº 75, Madrid,
 2002, pp. 220-223.
- MARTÍNEZ RUIZ, FLORENCIO: «El humo de los barcos»,
ABC, Sábado cultural, 1984, p. IX.
- MOLINA CAMPOS, ENRIQUE: «De la nueva poesía
 gaditana», *Hora de poesía*, nº 12, Barcelona, 1980.
- MORALES, CARLOS JAVIER: «Continuidad y sorpresa en
 la poesía de José Ramón Ripoll», *Cuadernos
 Hispanoamericanos*, Madrid, 2003, pp. 123-125.
- MIRÓ, EMILIO: «Dos poetas gaditanos: Jesús Fernández
 Palacios y José Ramón Ripoll», *Ínsula*, nº 424,
 Madrid, 1982, p. 6.
- : «La poesía última de Leopoldo Panero y José
 Ramón Ripoll», *Ínsula*, nº 456-457 (Madrid,
 1984), p. 17.
- QUINTANA, JUAN: «La tarde en sus oficios», *La estafeta
 literaria*, nº 645-6, Madrid, 1978, p. 3.320.
- PONT, JAUME: «La música de les síl.labes ocultes» *Avui*,
 Barcelona, 4 de enero 1992, p. VII.

- : «E la nave va!», *Transversal*, nº 19. Lleida, 2002.
- : «La poesía de José Ramón Ripoll» *Ínsula*, nº 682, Madrid, 2003, pp. 20-21.
- PUJALÁ, GRISEL: «José Ramón Ripoll: la sosegada retórica de un ocultamiento», *Boletín de Estudios Hispánicos*, Universidad de Miami, Miami, 1993.
- QUIROGA CLÉRIGO, MANUEL: «Poesía gaditana», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1978.
- ROMERO, JUAN MANUEL: «Dos Homeros», *Mercurio*, Sevilla, Mayo 2002, p. 7.
- SILVA, ASUNCIÓN: «José Ramón Ripoll en su extraño oficio de poeta», *Andana*, Cádiz, Julio 1985, p. 25.
- SORERL, ANDRÉS: «José Ramón Ripoll», *El socialista*, nº 183, Madrid, 1980, p. 33.
- SOTO VERGÉS, RAFAEL: «Cuando la voz no es música», *Ínsula*, nº 542, Madrid, 1992, pp. 25-26.
- TÉLLEZ, JUAN JOSÉ: «Sospechosos habituales: José Ramón Ripoll, poeta». *Diario de Cádiz*, Cádiz, 17-5-2005.
- VILLÁN, JAVIER: «Cuatro poetas gaditanos», *Arriba*, Madrid, 7-X-1976.
- : «Poeta del sur». *Sur*, Málaga, 13 de mayo 1983.

ÍNDICE

PÁG.

Preludio para José Ramón Ripoll (A. G.)	5
La música del verbo	19
Selección de poemas	43
Testimonio del Arte	45
Temporis Laurae	46
Realidad y deseo.....	47
Herencia de la Literatura	48
Comentario de texto.....	49
Esta música.....	50
Coral	51
Scriptum	52
Las sílabas ocultas	54
Noción del agua	55
El orden de las cosas	56
Solo de cítara	57
El desierto	58
El Sur	59
La aurora (de <i>El humo de los barcos</i>).....	60
La piedra y la memoria	61
Como el fuego y el agua	62
Un invocado encuentro	63
El nombre de la muerte	65
El fuego y la palabra	66

La música del sueño	67
Otoño indio	68
El mundo de Cristina	69
Halloween	70
El espejo y el agua	71
El río	72
Compás de espera	73
Primera claridad	74
Litoral	75
Motivos del destierro	76
Apuntes de Retórica	77
Bruma eterna (de <i>Las sílabas ocultas</i>)	78
Primer reino	80
Visitación y estigma	82
Niebla y confín	84
Cantus firmus	86
Presencia	87
La sombra de nombrar	88
La mirada del mar	90
Entre la bruma	91
Frutos silvestres	94
Muelle abandonado (de <i>Niebla y confín</i>)	96
Schumann (Inédito)	98
La otra nada (Inédito)	99
I <i>De todo ese rumor</i>	100
VI <i>Vienes aquí para insistir</i>	100
VIII <i>Piedra entre piedras</i>	101
XIII <i>Del mar llega otro cántico</i>	101

XVIII <i>En la tarde</i>	102
XXIV <i>Como un río me recorre</i>	102
XXV <i>Dentro, la espiga crece</i> (Inéditos)	104
Bibliografía de José Ramón Ripoll	109
Poesía	109
Plaquettes	110
Muestras colectivas	110
Otras publicaciones	111
Traducciones	111
Monografías y otros ensayos (selección)	112
Reseñas y críticas sobre José Ramón Ripoll (selección).....	115

Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica. Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu d'Art Espanyol Contemporani, de Palma de Mallorca. A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

PYP

[17]



Fundación Juan March